

El 1° de Noviembre de 1968, en Argentina, durante la dictadura militar anterior (1966-1973), en una casa de inmigrantes de un suburbio de Buenos Aires, un grupo de homosexuales trabajadores y de clase media baja, en su mayoría de extracción gremial, liderados por un comunista expulsado del partido por ser homosexual, forman **Nuestro Mundo**, el primer grupo homosexual sexopolítico de América del Sur, que trabaja en la clandestinidad. En Agosto de 1971, **Nuestro Mundo** se relaciona con intelectuales de clase media y, manteniendo su autonomía, dan origen al **Frente de Liberación Homosexual (FLH)**. En 1972, se derrumba la dictadura en Argentina y es el momento de apogeo y esplendor del Frente (FLH), el cual saca su primer Boletín. Participan en el Frente diez grupos autónomos, incluyendo varios de ciudades del interior de Argentina. Dichos grupos son: **Nuestro Mundo** (sindicalista), **Safo** (de lesbianas), **Eros** (de universitarios), **Bandera Negra** (anarquista), **Emanuelle**, así como profesionales y católicos homosexuales argentinos.

En 1973, con el retorno de la democracia en Argentina, se publica y difunde el escrito **Sexo y Revolución**, generando un gran debate en los grupos y en la izquierda. Asimismo, se publica **Somos**, órgano oficial del FLH y primera revista homosexual de América Latina, de la cual se logran producir ocho ejemplares, el último en enero de 1976, dos meses antes del golpe de estado y de la nueva dictadura militar (1976-1983).



**Manifiesto:** Debemos comenzar preguntándonos qué factores inherentes al ser humano como especie crean, mantienen y perpetúan el origen de la dominación. Porque si no tuviéramos en claro esos factores, nos resultaría imposible explicar por qué los seres humanos aceptan e incluso defienden la opresión a la que se los somete, que les quita desde su salud física hasta su libertad.

Siendo la característica del sistema de producción capitalista la producción para el beneficio de una clase dominante, es interés de esa clase el establecimiento lapidario de la dominación sobre el resto de los seres humanos. De este modo, los individuos son moldeados para ser dominados y/o para dominar, y esto se realiza a través de específicas y poderosos mecanismos psicológicos, mecanismos que en último término acaban sosteniendo y perpetuando ese orden de la dominación. Lo importante es entonces discernir los vínculos existentes entre la estructura de la explotación (extracción de plusvalía) y la ideología cotidiana que envuelve cada uno de esos actos, por mínimos que sean, de los individuos. Pues (y esto es necesario recalcarlo una vez más), en tanto que el sentido, el propósito y el eje del sistema de dominación es asegurar la explotación de la fuerza de trabajo en beneficio de una clase, todos los actos de todos los individuos están dirigidos hacia ese fin supremo. Ningún área del comportamiento individual puede escapar a esta sobredeterminación, pues entonces el individuo quedaría libre para poner en tela de juicio el sistema de dominación. Es por ello que todos los actos privados y todos los actos comunales de todos los individuos resultan ser actos que cumplen una función política.

Todo ser humano enfrenta, desde su nacimiento, a un grupo primario: la familia. ¿Qué significa la familia? A un ser como el humano, cuyo período de aprendizaje (infancia) es el más

prolongado de la escala biológica, le es necesaria una agencia social específicamente encargada de orientarlo, ayudarlo y mantenerlo en ese proceso. Esto significa que la familia es una fábrica de seres humanos sociales. Ahora bien, en la medida en que un grupo social basado en la explotación necesita gente preadaptada para entrar en el proceso de producción alienada, la familia, sustentadora, debe convertirse en una agencia de-formadora. Se trata de una microsociedad que reproduce en almálico el sistema que la nutre. La gastada afirmación de que "la familia es la base de la sociedad" adquiere plena validez: lo es porque reproduce todas sus características y porque es la agencia de producción de seres humanos condicionados al sistema. En la familia standard hay un detentar del poder, el macho, que, en la medida en que maneja el poder económico en la familia y el poder político en la sociedad, maneja por derecho propio el sistema de relaciones familiares y su extensión, las relaciones sociales. El objeto de su dominación es, en primer lugar, la mujer; y en segundo lugar, los hijos, que son el producto-mercancía de la fábrica familiar. El sentido último de la familia es producir seres que reemplacen a sus progenitores en sus tareas, inculcándoles antes los mecanismos de la dominación para que las realicen sin protesta. De tal manera se verifica y asegura en este nivel, al igual que en las demás escalas de la vida social, la dicotomía opresores/oprimidos.

Esta dominación no es sólo una cuestión teórica abstracta, sino que, como dijimos, preside todos los actos cotidianos. Se revela en esencia en el poder sexual del macho sobre la hembra en el coito. El coito deviene una institución estructurada culturalmente para la satisfacción del varón, que detenta toda la iniciativa, y que posee el derecho legítimo a gozar. Esta dominación en el coito es en última instancia, en el terreno ideológico, la manifestación objetiva de la dominación de la mujer por el varón en la vida cotidiana. Así la mujer deviene un objeto de placer y de re-producción. Es necesario remarcar que el sistema le impone la obligación de realizar las tareas del hogar sin darle derecho a ninguna remuneración, lo cual desenmascara su verdadera situación: la esclavitud doméstica. La inserción de las mujeres al aparato productivo minó relativamente la autoridad del macho e inspiró exigencias a las mujeres. Sin embargo, las conquistas logradas por las mujeres no consiguieron alterar—hasta el momento—la esencia del sistema de dominación

En el sistema de castas, los varones son educados en la dominación, y las mujeres en la sumisión. El individuo internaliza los mismos roles que encuentra en la familia: será el padre opresor si es macho, o la madre sumisa si es hembra. La figura autoritaria del padre es reproducida luego en la figura del policía, del patrón, del Estado, sostenedoras del sistema ante las que los individuos se inclinarán como ante el padre. Así, el esquema de dominación es traspasado fielmente al individuo a través de la familia. En el sistema de clases, cada cual recibe el entrenamiento según el sitio que le está predestinado. El hijo de burgueses es educado para mandar al proletariado y para obedecer a su vez a sus superiores jerárquicos. El hijo del proletario es educado para ser obrero, o sea, para obedecer al patrón—o eventualmente para intentar ser a su vez patrón—.

La dominación de la libido (la sexualidad) culmina con su reducción a determinadas partes del cuerpo, los genitales. En realidad, todo el cuerpo es capaz de aportar al goce sexual, pero la sociedad de dominación necesita de la mayor cantidad de zonas del cuerpo posibles para adscribir las al trabajo. La genitalización está destinada a quitar al cuerpo su función de reproductor de placer para convertirlo en instrumento de producción alienada, dejando a la sexualidad sólo lo indispensable para la reproducción. Es por eso que el sistema condena con especial severidad todas las formas de actividad sexual que no sean la introducción del pene en la vagina, llamándolas "perversiones", desviaciones patológicas, etc. Para encadenar al ser humano al trabajo alienado es necesario mutilarlo reduciendo su sexualidad a los genitales.

Debemos recordar que estos procesos se dan dentro de un marco socio-económico específico caracterizado por la explotación.

Pero esta no es la totalidad del sistema de opresión machista. Aquellos individuos que no cumplen con el rol sexual establecido, los homosexuales, son vividos como un máximo peligro por este sistema, en tanto que no sólo lo desafían, sino que desmienten sus pretensiones de identificarse con el orden de la Naturaleza. La desexualización del cuerpo humano es obra de la cultura. En

se reproducirá automáticamente después de un proceso revolucionario que sólo altere las esferas política y económica. Nuestro Movimiento surge como una organización de homosexuales de ambos sexos que no están dispuestos a seguir soportando una situación de marginación y persecución por el solo hecho de ejercer una de las formas de la sexualidad. Como hemos pretendido demostrar, esta persecución tiene una raíz netamente política. El sexo mismo es una cuestión política. En esa medida, la liberación que postulamos no puede tener lugar dentro de un sistema económico de dominación, tal como lo es el capitalismo dependiente argentino. Pero partiendo de nuestra propia marginación, cuestionando desde allá a la sociedad sexista, llegamos a un cuestionamiento global de la sociedad. Los homosexuales somos un sector del pueblo que padece una forma de represión discriminada y específica originada en los intereses mismos del sistema, e internalizado por la mayoría de la población, incluso por algunos sectores pretendidamente revolucionarios. En ese sentido, permanecen intactas muchas de las formas del prejuicio antihomosexual, disfrazadas a veces de críticas políticas. Por ejemplo, se plantea a título de objeción que la homosexualidad es un producto del capitalismo decadente. Sin embargo, sociedades ni capitalistas ni decadentes, como la incaica la practicaron y alabaron.



El F.L.H. es una organización no verticalista ni centralista de homosexuales—en la que también pueden participar los heterosexuales que renuncien a sus privilegios—que se ha abocado a la tarea de integrar las reivindicaciones específicas del sector homosexual al proceso revolucionario global. Es un movimiento anticapitalista, antiimperialista y antiautoritario, cuya contribución pretende ser el rescate para la liberación de una de las áreas a través de la cual se posibilita y sostiene la dominación de la mujer y el hombre por el hombre, en el convencimiento de que ninguna revolución es completa, y por lo tanto, exitosa, si no subvierte la estructura ideológica íntimamente internalizada por los miembros de la sociedad de dominación. Somos conscientes que el sistema maneja amplios sectores del pueblo valiéndose de la moral, o sea, de mentiras interesadas. Somos conscientes de que el pueblo mismo abandonará sus prejuicios, que constituyen una traba concreta para el desarrollo revolucionario, en la medida que nosotros, los homosexuales, formemos parte activa y militante de una lucha que es también nuestra. Llamamos a los homosexuales, a las mujeres, a los verdaderos revolucionarios a realizar el esfuerzo que supone cuestionar las pautas originadas en el sistema de explotación, a fin de recuperarnos a nosotros mismos como actores eficientes de una revolución sin retrocesos.